

Madrid, un mes. . . . 1,50
Provincias, trimes. e. . . 6,00
Extranjero y Ultramar,
n año. 60,00

Número suelto del día, 5 cént.
Idem atrasado, 50 ídem.

El Eco Nacional

DIARIO POLITICO

En Madrid, en la Redacción y Administración, calle de la Biblioteca, núm. 9, bajo izquierda, dirigiéndose exclusivamente al Director propietario D. Guillermo Austrán.
En provincias en las principales librerías.
En París Jouaust et Sigaux editores.

ESPAÑA EN LA EXPOSICION UNIVERSAL DE PARIS

SUMARIO.—Inauguración.—España.—Nuestras colonias.—La Insular.—Filipinas.—La Tabacalera.—Industrias suntuarias en Manila.—La última palabra del corsé.—Vela en este entierro.—Los zapatos de Mahón.—Contreras.—Noticias.

Sr. Director.

Muy señor mío: Puede decirse que el que hace una Exposición se encuentra en las condiciones del que pone una casa; no acaba nunca. El sábado todavía se celebró la inauguración del pabellón del Uruguay, de la que me ocuparé en mi próxima carta con la extensión que merece, adelantando hoy que en el pabellón del Uruguay está también la exposición de la República Peruana, que ha traído pocos, pero notables productos de país tan rico. Hay que hacer notar que el gobierno peruano no ha acordado crédito alguno, aunque si ha nombrado una digna comisión que oficialmente le representa; figura al frente de ella el consul general en Francia, D. Alejandro Idiaquez, persona de grandes conocimientos, y a cuya actividad se debe el que el Perú figure dignamente en el gran Certamen.

Destacan en primer lugar los famosos minerales de plata de las minas de Ticapampa, sociedad constituida con un capital de 3 millones de francos, y que presenta gallarda muestra de sus productos, tan ricos en materia argéntifera. En objetos de filigrana de plata, hay curiosos ejemplares de la industria de Ayacucho. Presentan también los peruanos, sobrepes de Lima, de paja, y confección muy notable. En vinos, y esto es raro, hay una pirámide de 500 botellas, conteniendo varias clases y un aguardiente puro de uva, que nada tiene que envidiar a nuestro famoso de Chinchón; adornan esta galería varios cuadros de naturaleza muerta y retratos debidos al pincel de la señora Marta Ducos. Hay también un notable retrato en barro cocido del general Cáceres, tan popular en su país, donde se le conoce por el Héroe de Guamachina; es una obra de arte—el retrato, no el general—que tiene una mirada inteligente y un aire eminentemente militar.

El Perú, que presenta también una notabilísima instalación de Coca, ha hecho un esfuerzo particular, que honra, repito, a los comerciantes que lo han llevado a cabo, al Sr. Idiaquez y a sus colaboradores D. Carlos Cisneros y D. R. Nicolo.

La Peruana me recuerda el mar, y el mar trae a mi memoria Filipinas, sin incurrir por esto en la herejía geográfica de aquella señora que fué de Lima a Manila en lancha de regata, y esta idea del Archipiélago me hace volver a llamar la atención de los lectores de ese periódico sobre los esfuerzos que han hecho los filipinos para presentarse dignamente en esta Exposición. Contrasta la actividad y el celo desplegado por el representante de la Cámara de Comercio de Manila Dr. Tavera, con la apatía de Puerto Rico que hasta ahora sólo ha expuesto, que yo sepa, un saco de café.

Hablando de Filipinas es imposible dejar de hablar de tabaco. La Insular de D. Joaquín Santamaría, representada en París por don Félix Ullmán, hace una notabilísima instalación de tabacos y cigarrillos de papel: expende o degusta como decimos aquí, y el elegante kiosco en que está establecida, cuyo montaje ha costado más de 8.000 francos; tiene un doble atractivo porque hay también una exposición de joyería de la fábrica del Sr. Ullmán que demuestra la habilidad y la riqueza con que saben trabajar en aquel país.

La tabacalera representada en París por el Sr. Gustavo Pereira, cuya actividad y buen gusto, sólo tienen comparación con sus simpatías por España, hace también una rica instalación.

Con razón he dicho que Filipinas ha venido a la Exposición universal de París en mejores condiciones que ninguna otra Colonia.

En el Palacio de diversas industrias y en el Pabellón de Colonias se han expuesto doce sillones de maderas del país con incrustaciones de marfil que son verdaderamente santuosos. Este trabajo hecho por indios expresamente para la Exposición, y en cuya preparación se han tardado cuatro años, ha sido presentado por la importante casa de Manila La Estrella del Norte, propiedad de los Sres. Levy hermanos; estos mismos señores han presentado dos grupos de marfil, que son dos verdaderas obras de arte: representan el uno, el Descendimiento, y el otro, La adoración de Cristo, de gran tamaño, pues se bajarán de 985 metros de altura; tienen maravillas de cincel y una verdad en el escorzo y en las ropas que están llamando la atención de los inteligentes. Merecen plácemes los Sres. Levy hermanos, por sus esfuerzos para presentar dignamente a Filipinas.

Y ya que estoy en España, siquiera sea en Ultramar, diré algunas palabras de varias instalaciones nuevas de la Sala de Diversas Industrias. Calumnian a los españoles los que les niegan inventiva: la Sra. González ha presentado, con el título de «alarga talles», unos corsés que son, según dice en su anuncio, la última palabra en el asunto. Realmente están muy bien hechos, pero es el corsé preñada tan delicada para tratada por hombres, que no me atrevo a seguir hablando de él, porque no me

digan que quien me ha dado vela en este entierro. Y eso que velas podría dármeles inmejorables el Sr. Lisarriurri, propietario de la fábrica «La Providencia» establecida en San Sebastián, que presenta bujías y jabones de calidad excelente y de finura extraordinaria, instalado en elegantísima vitrina.

Andando, andando por la Sala de Diversas Industrias, me paro ante un elegante escaparate de zapatería notabilísimamente instalado. Presenta verdaderas novedades, principalmente en calzado bordado, por la limpieza de su ejecución y la elegancia de su corte. No tenemos idea en el Continente de como en Menorca se fabrica el calzado, y bien merece el inteligente artista, Bartolomé Piri y compañía, de Ciudadela, que hagamos mención especial de un trabajo que honra a nuestra industria, y delante del cual hay siempre gran número de admiradores de todos los países. Nada más grato para mí que alabar lo bueno de mi patria, allí donde lo encuentro: siento mucho no poder decir lo mismo de todo; pero ya iremos viendo que hay vitrinas dignas del Rastro que dicen en Madrid. Dejando la crítica para más adelante, tengo especialísima satisfacción en tributar un aplauso al excelente artista señor Contreras, célebre restaurador de la Alhambra de Granada y del Palacio de Carlos V. Ha presentado un armario de espejo, unos veladores, unos pañuelos para caballeros y unos cofrecillos que son en mi opinión la última palabra del arte en muebles suntuarios; para dar a ustedes una idea de lo que son estos objetos, les diré que sólo pueden representarse, diciendo que son pedazos de la Alhambra, hechos en plata, y que la riqueza se achica por el arte. Aquellos arabescos que contienen leyenda original asombrarían a los artistas de la Ciudad de los Califas, si pudieran hoy resucitar los más célebres artifices de la más floreciente época del arte árabe en España.

Protesto de continuar en mi próxima carta, con el orden establecido y de acabar pronto la total descripción del campo de Marte, para entrar en los palacios.

Ayer el presidente de la República visitó la Sección Española del Palacio de diversas industrias. El Comité español le preparó un refresco; asistieron al acto varios Jurados, muchas y distinguidas damas y algunos periodistas.

Mr. Carnot se fijó especialmente en los damasquinados de la distinguida artista Felipa Guisasa, que alabó mucho, en los muebles del Sr. Contreras, en la calsca que expone López, en los minerales de Huelva, sobre los que le llamó la atención Mr. Bontellier, consejero municipal de París y representante de aquella Cámara de Comercio y en el jarrón del joyero Sr. Maffiera. D. Matías López ofreció al presidente de la República, como recuerdo de su visita, un elegantísimo pañuelo de los que expone el Sr. Contreras, y al retirarse Mr. Carnot un señor jurado dió un viva al presidente de la República francesa.

Pocas noticias de sensación. Terminó el Congreso des Sens d'Lettres: en la actualidad se celebran hasta 70, por lo cual no puedo dar a usted cuenta de todos; la política en calma, el estado de los espíritus en guerra; hay tres plazas de Toros; en el Vaudeville se preparan solíes españolas en que se cantarán peticiones; los periódicos populares hablan de saleros, olés, toreadores y espadas. En lugar de acabar con el flamenco, lo vamos importando al extranjero.

De su afectísimo, S. S.,

GARCÍ-FERNÁNDEZ.

ECOS DEL EXTRANJERO

CORRESPONDENCIA DE LA AGENCIA LIBRE

París 2 de Julio de 1889.

La sesión de ayer en la Cámara de diputados fué bastante acelerada; primero, por culpa de Mr. Andrieux, tratando de renovar la discusión el sábado; pero el presidente no admitió su signiera con las preguntas del diputado boulangierista.

Después, Mr. Laffón, diputado del Sena, quiso señalar un suelto del periódico boulangierista *La Presse*, acometiendo al presidente del Consejo. Este pensó que tenía que dar explicaciones a la Cámara y consiguió numerosos aplausos de la mayoría. Sin embargo, Mr. Rouvier, ministro de Hacienda, tuvo que protestar pidiendo Mr. Andrieux la autorización de interpelar al gobierno, y por fin la Cámara votó una orden del día marchitando otra vez las calumnias contra el gobierno.

El resultado fué que la mayor parte de la sesión no fué dedicada al presupuesto, lo que hubo de gustar mucho a la oposición.

El senado votó el proyecto de traslación al Panteón de los restos mortales de Carnot, Marceau y Baudin, a pesar de la oposición de dos senadores monarquistas, y nombró su comisión para examinar el proyecto del Panamá votado por la Cámara.

El presidente de la república, acompañado del general Brugère, el capitán Cordier, el ministro de Negocios extranjeros y otros, visitó ayer las secciones industriales de España, Portugal, Italia, Suiza, Estados Unidos, Dinamarca, Rumania, Luxemburgo, y Neruega.

En la Rumania, el príncipe Bibesco, comisario de la sección, dió la bienvenida en una calurosa alocución haciendo constar los resultados conseguidos por Francia a favor del progreso y de la paz; el presidente contestó con la mayor benevolencia y quedó hablando con el príncipe bastante tiempo.

Habiendo llegado ayer a Aix-les-Bains el rey de Grecia, el presidente dirigióle un parte de bienvenida, convidándole a visitar la exposición.

El presidente de la república recibió ayer al príncipe Mustafá ben Ismail, con el jeque Abú Naddara, siendo en tal circunstancia el brillante intérprete de los dos.

Por la tarde, el príncipe subió al último piso de la torre Eiffel, y quedó aturrido, según parece, a consecuencia del cuadro que tuvo delante de sus ojos en tan alto punto.

El Shah de Persia llegó ayer a Gravesend, en donde era esperado por el príncipe de Gales, y tomó con éste el vapor *Due d'Edimbourg* para Londres, en donde fué acogido con frenéticos hurras.

Los cuatro príncipes negros, hijos de reyes africanos, con su séquito, visitaron ayer el Senado, admirando mucho las arañas, las estatuas y los oros de los salones y pasillos. El mayor habla muy bien el francés y, habiéndole preguntado alguno lo que más le gusta en París, contestó: la torre Eiffel y la infinita concurrencia de coches en las calles.

La misión anamita mandada a la exposición por la corte de Hué, llegó ayer a París acompañada por un secretario del ministro de la Gobernación y esperada en la estación por el jefe del Gabinete del subsecretario de Estado para las colonias.

Mañana, miércoles, Mr. de Freycinet, ministro de la Guerra, ha de obsequiar a los presidentes del Parlamento con una comida, siguiendo una recepción de todos los oficiales presentes en París.

Mañana también, el general Menabrea, embajador de Italia, ha de celebrar una comida y una recepción en obsequio del comité de la sección italiana en la Exposición.

La conocida sociedad musical rusa de los estudiantes de Helsingfors ha de llegar hoy a París para dar un lucido concierto el domingo en el palacio del Trocadero.

Las entradas de pago a la Exposición ascendieron el domingo a 201.323.

Las entradas en los meses de Mayo y Junio han ascendido a 5.994.575; no fueron más que de 3.343.377 a la exposición de 1878.

Telegramas de Londres participan que ayer se celebró un meeting en Mansion House, bajo la presidencia del lord-alcalde, en vista de tomar las medidas necesarias por el incremento de la rabia en Inglaterra.

El presidente leyó una carta del príncipe de Gales, elogiando a Mr. Pasteur, y recordando que éste curó a más de doscientos ingleses mordidos por perros rabiosos.

El conocido cirujano Paget, el profesor Roscoe y otros, elogiaron también a Mr. Pasteur y a sus trabajos.

El meeting resolvió que se había de mandar dinero al Instituto Pasteur, para el mantenimiento de los ingleses pobres que vayan a curarse en dicho Instituto.

Según partes de Roma, el Papa reunió los cardenales en consistorio secreto para protestar contra la inauguración del monumento a Giordano Bruno y, en su alocución, denunció a la indignación de los católicos ese nuevo atentado a la religión, asegurando que no dejaría de luchar, a pesar de su edad, y encomendando al clero la defensa de la fe.

El *Fanfulla* publica que hace poco León XIII dijo que tal vez tendrá que salir de Roma, y el *Observatore Romano* dice que en la Bolsa de Roma corrió el ruido de la próxima salida del Papa.

TELEGRAMAS DE LA AGENCIA LIBRE

BILLETES FALSOS DEL BANCO DE ITALIA

ROMA 4.—Se ha procedido al arresto de dos monederos falsos, en el domicilio de los cuales se han encontrado 14.000 francos en billetes de banco de 10 francos, falsos, así como todo el material necesario para la fabricación de dichos billetes, que estaban admirablemente imitados.

LOS ACONTECIMIENTOS DE SÉRVIA

BELGRADO 4.—Las fiestas de Kossovo han pasado con la mayor tranquilidad.

En Novi-Bazar todo está tranquilo. Los regentes y el rey llegarán el 7 a Belgrado. El ministro de Rusia asistirá a la coronación del rey.

EL JUBILEO DEL REY DE WURTEMBERG

STUTTGART 4.—El rey ha otorgado numerosas gracias con ocasión de su jubileo.

El número de personas agraciadas se eleva a 245.

Se esperan otros actos de clemencia del rey.

CORONACIÓN DEL REY DE SÉRVIA

BELGRADO 4.—La jura y coronación del joven rey Alejandro de Serbia se celebró ayer con gran solemnidad en Kralievo.

El soberano fué objeto de entusiastas aclamaciones por parte de la muchedumbre que

acudió a dicho punto con motivo de las fiestas populares que allí se verificaron.

OTRA HUELGA

OPORTO 4.—Se han declarado en huelga 1.500 sombrereros de esta población.

COMENTARIOS

BERLIN 4.—Ha llamado poderosamente la atención, y prestados a los naturales comentarios, la orden dada por el emperador de que una vez al año por lo menos los regimientos de caballería y artillería procedan a ejercicios prácticos de embarco y desembarco del ganado y del material.

Estos ensayos se harán por escuadrones y por baterías.

Semejantes medidas son un complemento de las maniobras que semanalmente vienen ejecutándose de ponerse sobre las armas las guarniciones, lo mismo por el día que por la noche.

ECOS DE TODAS PARTES

El orden público en la Coruña parece ser que no está asegurado, a pesar de patrullar la Guardia civil por las calles, y de las medidas adoptadas por las autoridades.

Continúan las manifestaciones hostiles a la determinación de que la compañía Trasatlántica no haga escalas en dicha capital.

Todos los barcos surtos en aquel puerto han arriado sus banderas, izando en reemplazo de aquéllas la matrícula coruñesa.

Según telegramas recibidos de Roma, el Papa tiene anunciada una interesante Enciclica donde se refleja el verdadero carácter que revistieron las fiestas de Giordano Bruno.

Comunican igualmente de aquella capital, que Francia, en su antipatía a Italia, piensa comprar las manzanas de casas que circundan al Vaticano con objeto de amurallar el mencionado recinto é impedir que en caso de peligro puedan saltarlo los enemigos de Su Santidad.

Ayer, como jueves, se ha celebrado Consejo ordinario de ministros en Palacio, bajo la presidencia de S. M.

El resumen que, según costumbre, ha hecho el presidente del Consejo, ha versado sobre la política general de Europa, y sobre la marcha de los asuntos legislativos y políticos de nuestro Parlamento.

Fuera de este resumen, nada interesante ha ofrecido el Consejo más que los decretos firmados por S. M., referentes a los asuntos que siguen:

—Forma de hacer efectivos los atrasos y haberes corrientes de los maestros de primera enseñanza, y procedimiento para evitar que en lo sucesivo se demore el pago de tan sagradas atenciones.

—Autorización al ministro de Fomento para presentar a las Cortes un proyecto de ley sobre desagüe de minas.

Terminado el Consejo con S. M., los ministros se reunieron en la secretaría de Estado, donde permanecieron breve rato.

En esta reunión, consagrada al examen de los asuntos políticos de actualidad, ha quedado también acordado definitivamente el nombramiento de D. Hilario Igoñ a la presidencia del Tribunal Supremo de Justicia, y se ha denegado el indulto de dos reos de Colmenar.

Nuevamente ha afirmado en esta reunión el gobierno su propósito de discutir los presupuestos presentados a las Cortes.

En cuanto al curso del debate político se refiere, los ministros seguirán la propia línea de conducta observada hasta aquí, y parece acordado que intervenga el señor ministro de Hacienda en este debate, como asimismo en el que plantearán las oposiciones sobre la proposición de censura presentada por el Sr. Cos Geyón.

Para la Comisión acerca del proyecto de prescripción de bienes de dominio o uso público comprendidos por cualquier concepto en las leyes desamortizadoras, nombró anteayer el Senado a los Sres. Comas, González (don Fernando), Colmeiro, Cárdenas, Paso y Delgado, Romero Girón y Silvela (D. Luis).

Para la reforma de la concesión del ferrocarril de Valencia a Liria, a los Sres. Angolotti, Medina Rodríguez, Ramírez Carmona, Bosch, Comas, Romero Girón y Riaño.

Para la reforma de los artículos 30 y 83 de la Ley de Obras públicas, a los Sres. Page, Escudero, Calderón y Herce, Corcuera, Oliva, Sánchez Arjona y barón de Covadonga.

Y para la que autoriza al Gobierno para aprobar la novación de contrato acordada por el Ayuntamiento de Málaga, respecto a las obras de desviación del río Guadalmedina, a los Sres. Arias y Giner, Abarzuza, Moral, Hoppe, Campoamor, Romero Girón y Botella.

La epidemia diftérica puede decirse que se halla circunscrita a la calle de Segovia.

De los siete atacados en la casa núm. 23 de dicha calle, cuatro han fallecido, habiéndose desalojado el edificio, de orden superior, por todos los inquilinos, excepción hecha de los cuartos en que existen los tres casos de niños que aún quedan enfermos.

ECOS PARLAMENTARIOS

SENADO

SESIÓN DEL DÍA 4 DE JULIO DE 1889

Se abre la sesión a las tres de la tarde.

Se da lectura al dictamen de la comisión que entiende en el estudio del ferrocarril de vía estrecha de Alicante a Villajoyosa y Denia.

El señor marqués de Sardoal anuncia una interpelación al Gobierno sobre la terminación de la cuarta legislatura.

El señor presidente del Consejo dice que el Gobierno está dispuesto a que las Cortes estén abiertas mientras cualquier senador quiera interpellarle; pero que hasta que termine el debate político del Congreso, no podrá aceptar la interpelación anunciada por el señor marqués.

El señor marqués de Sardoal da las gracias al señor presidente del Consejo, por los propósitos manifestados de no cerrar las Cortes mientras haya representantes del país que deseen discutir la política del Gobierno.

ORDEN DEL DÍA

El Noguera Pallaresa.

Sin discusión se aprueba el proyecto, y previa declaración de urgencia, se vota definitivamente.

El Senado se reúne en secciones para nombrar comisiones de carteras.

Se reanuda la sesión a las cuatro, se da cuenta del nombramiento de las comisiones, y se levanta la sesión.

CONGRESO

SESIÓN DEL DÍA 4 DE JULIO DE 1889

Las tribunas de *grand complet*, los escaños del Congreso a louer.

A las tres menos cuarto se abre la sesión bajo la presidencia del Sr. Alonso Martínez. Presentan exposiciones en favor de la agricultura los señores conde de Toranzo, 23; Díaz Macuso, 3; Castellano, 2; Rey, 1; Bergamín, 33; Pimentel, 2; Puga, 29; Campomanes, 29; marqués de Vadillo, 1.

El Sr. Romero Robledo: Voy a reproducir la pregunta que hice ayer con respecto a los ataques de una prensa fervorosamente ministerial que dirigía a los ilustres generales. Se trata de lo que dice con respecto a *El Liberal* cuya versión desmintió el señor ministro de la Guerra y hoy dicho periódico se ratifica en lo que dijo anteayer con respecto a los juicios y opiniones del Sr. Sagasta, y opiniones y juicios de otra persona que no puede discutirse, opiniones de una angustia persona que envolvían un reto a las oposiciones (sensación). No debió pasar el día de ayer, no puede pasar el día de hoy sin que el presidente del Consejo de ministros comparezca hoy en el banco ministerial a dar aquí, ante la representación nacional, a dar un solemne mentís a lo que el periódico dice (los señores ministros de Gobernación, Fomento y Guerra protestan, y dicen que el Sr. Sagasta les ha dicho que es falso).

No bastan esas afirmaciones, es indispensable que lo diga el Sr. Sagasta en persona; aquí hay una afirmación y a su lado una negativa, ¿quién miente? eso es lo que hace falta saber.

El Sr. Xiquena dice que el Sr. Sagasta no pudo contestar anteayer, ni tampoco hoy, a la pregunta del Sr. Romero Robledo, por encontrarse en el Senado; pero esto no es inconveniente para decir que es completamente falso lo que aseguran esos periódicos.

El Sr. Romero Robledo, para rectificar: No sabía yo que el Sr. Sagasta estuviera anteayer, cuando yo hacía la pregunta, en el Senado; pero aunque lo hubiera sabido la hubiera hecho. Ahora bien; yo creía que cuando habló el Sr. Sagasta diría algo sobre mi pregunta, y me encontré desilusionado con su silencio en esta materia.

El señor ministro de Fomento me ha reprendido, y yo le reconozco títulos para hacerlo, pero S. S. me va a permitir que yo no admita la reprensión, porque la estimo innecesaria. ¿Desde cuándo, ni en qué ley existe la disposición mediante la cual los diputados no pueden discutir la regia prerrogativa? Pues si lo que dice el Sr. Xiquena existiera a título de monárquicos no podríamos discutir las leyes, ni nada, puesto que todas ellas llevan la aprobación del monarca; yo, si he discutido esto, es en virtud de la monarquía, que no quiero dejarla bajo el peso de una imputación que reconoce por origen una conversación particular del Sr. Sagasta.

El Sr. Xiquena rectifica y después el señor Romero Robledo, diciendo: yo no me he ocupado de un acto privado, ¿cómo ha de ser privado lo que publica un periódico? por lo demás, si lo que ese periódico decía no era exacto, el Gobierno pudo hacer uso de los medios que tiene a su alcance.

El Sr. Aguirre apoya una proposición de ley. El Sr. Cassola: Ayer pedí la palabra cuando el Sr. Sagasta pronunció frases que yo estimaba injuriosas, y aunque no lo rectificó lo hizo en su nombre el señor presidente del Congreso; pero hoy al leer los periódicos he visto en el extracto de la sesión ciertos cargos sobre los que tengo que protestar, mas como ha de hablar el Sr. Martos y no está tampoco presente el Sr. Sagasta aplaza el hablar.

ORDEN DEL DÍA

Se aprueba la pensión a la viuda del señor Hontoria.

Debate político.

El Sr. Martos: Deploro, señores Diputados, la obligación en que me veo de intervenir en este grave, tristísimo e inexcusable debate al cual llevo delante de un auditorio, quizás en su mayoría enemigo a quien cuando mas la necesito no puedo pedir benevolencia porque me lo veda mi dignidad; tan solo puedo esperar aquella justicia que consiste en oírme, anunciando desde ahora que vengo movido señaladamente por el público interés, por la necesidad de acudir el último aunque el mas obligado a la defensa de un principio defendido ya con grandísima elocuencia por los prime-

ros oradores de esta Cámara, que han agotado naturalmente, todos los temas; defensa que yo he de hacer en cuanto pueda, sin que me cause embarazo ni molestia la circunstancia de haber sido yo, de haber sido en mi misma persona quien recibiera los ultrajes que iban dirigidos al sitio que ocupaba, y por consiguiente, al Congreso.

No sé bien si debo ocuparme de esos hechos en sí mismos, ó si debiera callar; pero decidiéndome al fin a hablar acerca de ellos; acerca de esos atentados, de ese escándalo, solo diré algunas brevísimas palabras por no parecer cobarde cuando quisiera ser generoso y olvidadizo.

Estando yo, en realidad, tan preocupado por lo que a todos importa, y tan desprecupado por lo que a mí solo y personalmente me pudiera interesar, he de decir que aquella escena, que recuerdo con horror y con amargura digna, quizás, del pincel que pintó *La Entrada de los Bárbaros*, para que quedara como recuerdo de aquella barbarie, (Rumores) de aquellos alaridos, de aquellas amenazas de manos y de bastones, de aquellas palabras provocativas, insultadoras é injuriosas, que apenas puede creerse llegaron a ser justas si hubiesen sido dirigidas a los mismos que las profirieron, (Rumores)... aquellos horrores, aquellas irreverencias, aquellos desacatos al parlamento, aquella coacción a la alta autoridad, que estaba vinculada en mi persona, aquel empeño en destruirme por el motín, aquella furiosa escitación que guiaba a los mas encolerizados, no bastantes en número para empuñar y comprometer el honor de esta dignísima mayoría, pero suficientes para producir un escandaloso, un vergonzoso, un criminal, un inaudito y nunca visto atentado, y todo aquello, viniendo de donde venía, no tan solo no podía ultrajarme a mí, sino que ni siquiera afectar a sus propios autores.

¡Ah! señores Diputados, pensad os ruego, y esto será lo último, con referencia a la humildad de mi persona humilde siempre, mas humilde si se compara con los altos intereses que en aquella ocasión quedaron comprometidos y vulnerados; pensad, os ruego, en la situación en que se hubiera puesto a un hombre de honor que está ya pisando las fronteras de la vejez, que ha pasado su vida pública en gran parte, sirviendo la causa de sus ideas y los intereses de su país, y su vida privada en ganar honradamente su sustento con la labor diaria de su oficio, ejercido con provecho y con honra, si aquí, en aquella tarde en que se realizaron aquellos hechos escandalosos, no hubieran estado las valerosas minorías monárquicas, mi amigo y correligionario el señor Cassola, mi amigo y correligionario el señor Gamazo, mi amigo el Sr. Romero Robledo, mi amigo el Sr. López Domínguez, mi enemigo entonces y generoso enemigo, Sr. Cánovas del Castillo, al cual, aunque yo le haya desagraviado a solas, reconociendo la falta que para con él cometí como amigo, en interés y pasión de ese Gobierno... (Rumores en las tribunas).

El señor Presidente: Orden en las tribunas. El Sr. Martos:... no hubieran acudido a la defensa del principio parlamentario. Por que ante un atentado tal contra ese principio, no hubi- se habido nadie en España, ni fuera de España, que hubiera podido creer que se había cometido un prot- sta ninguna y con el asentimiento de todos; y viendo est- así, señores diputados, sin la defensa de que dejo hecho mérito, hubiera habido derecho a creer que no se trataba de un ataque al Parlamento, sino de un ataque al presidente de la Cámara, el cual, por lo tanto, había de ser tan indigna persona que delante de aquel acto de justicia cruel, pero de justicia al cabo, no fuese acreedor a que se formulase protesta ni reclamación de ninguna especie, reduciéndose entonces a mí, ó a vivir la vida de vergüenza a que estarían condenados los que tal pudieran merecer, como aparentemente lo hubiera merecido yo, ó a buscar aquel refugio que buscan siempre los desgraciados que se encuentran sin razón en semejante circunstancia, que tienen que poner, como pone siempre todo el que así mismo se estima, su vida propia por bajo de la dignidad, de la honra y de la vergüenza. (Muy bien, en las minorías monárquicas).

¡Ah, señores diputados! al agradecer desde el fondo del alma, como agradezco a todos los que, tomando la defensa del principio, tuvieron que tomar, naturalmente, la defensa de mi persona, aquello que hicieron, yo no quisiera que se mezclase con este sentimiento bueno, ningún otro sentimiento que no lo fuese, pero hablar es decir lo que se piensa y lo que se siente, y yo no puedo tener ausentes de mis labios, porque no los tengo de mi pensamiento, a aquellos antiguos amigos míos que debíendome todo lo que son, por poco que sean, mirando quizá en peligro mi vida, no me ampararon y no se unieron a aquellos diputados a quienes el Sr. Cánovas del Castillo manifestó que debían ampararme y contribuir a mi defensa personal, a los dignísimos diputados que seguían sus inspiraciones y que en estas circunstancias siguieron, sin duda, una alta y honrada y generosa inspiración, con muchísimo placer suyo, al Sr. Fernández Villaverde y al señor marqués de Mochales que allí debían encontrarse de no encontrar a mí lado a esos amigos que yo digo, de los cuales tan solo he de manifestar, que si por acaso consultan a su conciencia, a esa conciencia les remito y a ella misma les entrego también, si por acaso no habiéndola consultado, ella en cualquier ocasión les sorprendiese y les hablase.

Hoy como decía muy bien ayer el señor presidente del Consejo de ministros, hace mucho calor para oír discursos, y hace más calor aun para pronunciárselos; yo quisiera ser relativamente breve; pero yo no sé si lo seré; porque yo me voy derecho al corazón del asunto, y veo al Parlamento herido en su dignidad, afrentado en su prestigio, rota y desvenecada la mecánica del sistema representativo, de todo el sistema representativo, de la monarquía constitucional, la cual se compone del Rey y del Parlamento; y no sé yo que cuando se toca al Parlamento, cuando se afrenta al Parlamento, cuando se menoscaba la autoridad del Parlamento, no se atente también sin quererlo y sin saberlo, que este reconocimiento quiere hacer, a la autoridad completa de todo el ré-

gimen, dejando allá sembrados gérmenes de menosprecio, y por tanto de protesta, de rebelión y quizá de guerra, empuñándonos en un porvenir negro y preñado de dificultades, y perdonadme el recuerdo, cuando estaba aquel porvenir que recogimos nosotros a la muerte luctuosa del malogrado Rey, sembrado de cuidados, si, pero de risueñas esperanzas. Y es lo grave, señores diputados, que jamás se ha visto cosa igual, que jamás se ha visto en país alguno, por más que ligeramente aquí y allí por algún diputado y por algunos ministros se haya afectado lo contrario; porque esos diputados no ven; porque esos ministros no quieren ver que este asunto que consideran punto menos que como despreciable ante la opinión, es en el tiempo, es desde ahora ya, el asunto más grave que puede preocupar el ánimo de los españoles; sobre todo de los españoles amantes de la libertad del régimen representativo; sobre todo de los españoles que creen en el fruto de la libertad de estos debates; sobre todo de los españoles que creen que para que el derecho a discutir subsista, que para que los frutos se recojan, que para que el Parlamento viva, es preciso que tenga una gran autoridad y se tenga un gran respeto a aquel que dirige las discusiones de ese mismo Parlamento.

Pero, ¿cómo ha surgido este delito, este conjunto de delitos, según la tesis, que yo no voy aquí a plantear, ni a desenvolver, puesto que es una cuestión jurídica que con tan claro talento, con tan soberana posesión de la materia y tan elocuentes palabras, trató de demostrar, y demostró aquí, en medio de vuestros indignados estremecimientos, el Sr. Villvela? Este delito, que tuvo por objeto impedir al presidente el ejercicio de sus funciones; la asonada aquí, en pleno Parlamento; toda esa serie de delitos, y amén de esos el superior a todos, el del atentado contra el régimen parlamentario, ¿cómo se ha formado, cómo ha nacido, de qué proviene? ¡Ah! Parece que estoy invitado, más que invitado, provocado a examinar los hechos antecedentes de esos mismos hechos, por las afirmaciones del señor presidente del Consejo de ministros, y allá irá, allá bajará, a esos hechos, y perdonadme el ilustre señor Cánovas del Castillo este plagio; allá bajaré, porque yo discuto también con quien discuto (rumores); pero antes de todo, tengo que decir que por propia confesión, por honrosa confesión, excusada con la sinceridad, porque la sinceridad todo lo excusa, y antes es bien ser sincero en la confesión de los hechos más vituperables, más graves y más criminosos, que defenderse tras de los disfraces de la hipocresía, el señor presidente del Consejo de ministros, valerosamente, con un valor inaudito, ha dicho que el Consejo de ministros, asociado a más señores, porque la cosa era grave y no bastaba con una Sala, acordó un acto de descortesía, un acto de irreverencia; porque si hubiera sido descortesía tan sólo tratándose de toda otra persona que no fuese yo, era irreverencia; era desacato, tratándose del presidente del Congreso, el cual, sin duda, no tan sólo es autoridad aquí, sino que es la sola autoridad que aquí existe. Aquí no puede funcionar autoridad ninguna sin la venia, sin el asentimiento y en alguna manera sin delegación y sin la orden del presidente del Congreso.

¿Cabe más autoridad que ésta? ¿Es posible oír con paciencia disquisiciones sofisticadas de cualquier letrado que venga a comparar esa autoridad con la de un agente de orden público, con la de un sereno, y ni siquiera aquí con la de un ministro de la Corona?

Por consiguiente, en los elementos más vulgares del derecho penal, así como con la conciencia, en la calidad de los actos está su carácter criminoso, y la resiliencia y la responsabilidad están en las almas libres; en aquella sola alma libre que hubiese, y por lo tanto, la sola que ofreciese albergue y residencia a esos hechos, a esos delitos, porque los demás eran mandados, si bien obraban en virtud de obediencia indebidá; la residencia y la responsabilidad están en el Gobierno de S. M., puesto que con valerosa arrogancia viene a responder por todos: en el presidente del Consejo de ministros. Aquí no habría necesidad sino de seguir sin apartarse un punto de ella esta tesis; un delito y un atentado contra el Parlamento; un atentado cometido por los representantes del poder real que de esta manera creían responder a la obligación que tienen de llevar respetuosas relaciones entre la Corona y el Parlamento; un reo, un autor, un confeso que viene aquí a declararse responsable de ese delito, si bien por aquella misma oscuridad en los senos de la conciencia de que ya nos hemos ocupado el Sr. Cánovas del Castillo y yo; esto se ha tomado por cosa natural y sencilla, y por falta liviana en todo caso, de aquellas que se purgan y se purifican y aún se aplauden y se santifican, mediante la intervención de 237 votos.

Yo no quiero, Sres. diputados, después de haber establecido los verdaderos términos, los términos crueles é inflexibles de este asunto; no quiero dejar de ocuparme de algunos hechos que como antecedentes exponía con visible contradicción a cada paso el señor presidente del Consejo de ministros; bien que haciendo aquí una protesta muy solemne.

Aunque esos hechos fueran ciertos, así como son todo lo contrario; aunque yo en vez de ser un hombre leal hubiera sido un traidor abominable y en vez de cumplir, según todos reconocemos y reconocen todas las minorías, como un presidente imparcial que ha reconocido y respetado el derecho de todos y al reconocerlo y respetarlo ha prestado un gran servicio a la libertad de la tribuna, ha rendido un culto necesario a sus propios antecedentes, y ha quitado encima grandes dificultades a ese Gobierno; aunque yo en vez de ser esto, digo, hubiera sido traidor, que hubiera estado alterativamente entregado unas veces a las oposiciones y otras veces al Gobierno, que hubiera presidido sin régimen alguno de conciencia; aunque hubiera ofendido a la mayoría; aunque hubiera faltado al Gobierno, aunque hubiera urdido en la sombra tenebrosa los hilos de mi conspiración en vez de haber trabajado como yo lo hago siempre a la luz del día; yo afirmo que no hay término de comparación; yo establezco que no se pueden mezclar ni volver

El gobernador civil sigue adoptando medidas tan enérgicas para evitar el contagio, que ha prohibido hasta cocer pan en una tahona establecida en dicha casa, estando dispuesto a decretar el derribo del edificio si continuara siendo un foco de infección.

En los demás distritos se da alguno que otro caso aislado, pero sin que se repitan, cumpliéndose con todo rigor por los alcaldes de barrio y comisarios de policía las acertadas disposiciones que la primera autoridad de la provincia tiene dictadas para evitar la propagación de tan mortífera epidemia.

La Guardia civil de Arganda participa que en el kilómetro 28 de la línea ferrea, fué ayer hallado el cadáver del vecino de aquel pueblo Gregorio Hernández Rincón, con la cabeza separada por completo del tronco.

Créese que el Gregorio puso la cabeza en el rail con el propósito de suicidarse.

Un niño de ocho años, natural de Velilla de San Antonio (Madrid), fué encontrado ahogado en el río Jarama, cercado Vaciamadrid, el día 30 del pasado.

Este niño debió haber fallecido el día 23, porque fué cuando desapareció de su casa,

En Córdoba se ha desplomado una gran parte del mercado de Santa Clara, sin que afortunadamente ocurriese desgracia alguna personal.

El infante D. Antonio, restablecido de su indisposición, debe llegar mañana a París, en compañía de la infanta doña Eulalia, quienes se alojarán en el palacio de la reina Isabel. Después irán a Panticosa, desde cuyo punto regresarán a París, marchando luego a Baviera.

El jefe de vigilancia, Sr. Pita, ha sido comisionado por el gobernador a la estación del Norte, con objeto de ver en los libros de la Compañía las latas de petróleo que allí se han recibido. Según los libros talarionarios, han sido descargadas en los muelles 14.500 latas de petróleo desde el día 19 al 30 de junio, y en los libros del filato solamente han sido aforadas tres mil y pico, por lo que resulta que once mil y pico han entrado por los aires, sin pagar derechos.

En el gobierno continúa en truyéndose el expediente.

Participan de Aranjuez que esta tarde ha sido herido de un tiro por un guadaña del conde de Guadalupe, el encargado de la máquina fija del Jarama.

La Gaceta de ayer publica los partes oficiales de las defunciones habidas en los días 28, 29 y 30 de junio y 1.º de julio, que suman siete defunciones por la difteria; de ellas dos niños y cinco niñas, ocurridas en las calles de Torrijos, 21; Toledo 91; Constancia, 13; Berruguete, Segovia, 23; Jacometrezo, 28, y paseo del Canal, 4.

El foco más intenso y circunscrito hasta ahora es el del número 23 de la calle de Segovia; de los siete atacados han fallecido ya cuatro. Como dijimos ayer se ha desalojado la casa, a excepción hecha de los cuartos en que existen los tres niños que aun continúan enfermos.

Entre las disposiciones y medidas adoptadas para evitar el contagio, se ha prohibido cocer pan en una tahona establecida en dicha casa y hasta se ha pensado el derribo del edificio si continuara siendo un foco de infección.

En los demás distritos se ha dado alguno que otro caso, pero estos son aislados.

Las autoridades deben tener vigilancia summa con las carnes frías, debiendo retirar de la venta todo lo que no reúna las condiciones establecidas.

También deben tener gran cuidado con los riegos de esta corte, y, a ser posible, deben hacerse éstos en las horas en que no haga calor; es decir, las extremas del día: a las siete de la mañana y a las ocho ó nueve de la noche.

El Sr. Navarro Rodrigo no oculta su disgusto por el estado lamentable en que está la mayoría: estado que ayer se hizo más patente, con el efecto que en ella produjo el discurso del Sr. Gamazo.

El jefe de los tercios así lo manifestó en una breve conferencia que celebró en un pasillo del Congreso con el Sr. Castelar, añadiendo, que a su entender, solo estando el Sr. Gamazo en el banco azul podría conseguirse que se restableciese la unión y la concordia, completamente perdidas en las filas ministeriales.

Según dicen de Jaén, se ha descubierto un tesoro en los Villares. Tres chicos que a orillas del río se entretenían en hacer un pozo, tropezaron con un objeto de metal: era un cilindro de hierro, que contenía gran número de monedas romanas de plata.

S. M. la Reina sancionó anteayer la ley, fijando las fuerzas permanentes del ejército para el año económico de 1889 a 90.

En Sevilla rescuita la idea da crear un Banco de préstamo y descuentos en beneficio de las clases productoras y comerciales de aquella plaza.

Anteayer tarde se suicidó arrojándose al estanque de las Campanillas, en el Retiro, Cristino López, de donde se le extrajo cadáver.

Anoche a las once se declaró un ligero incendio en las caballerías del señor Duque de Fernán Núñez. Fué inmediatamente sofocado.

como aquí se revuelven y se mezclan unas cosas con otras; digo que esa mayoría hubiera tenido quizá el derecho de lanzarme de ese sitio por medio de un voto de censura; pero no reconozco nunca, nunca, nunca, con nadie, ni aun con ese presidente que yo imagino, que pueda hacerse lo que se hizo el 23 de Mayo; que pueda un gobierno concertar y ordenar un acto como ese ni parecido á ese; y concibo menos que permanezca indiferente la opinión, la cual en verdad no permanece ajena á esto, y que los poderes públicos lo soporten y que lo permita la justicia de los hombres.

Así, añado que ese Gobierno se ha hecho incompatible con el Parlamento; porque se ha incapacitado para el ejercicio de sus elevadas funciones en el Parlamento; porque cuando pasen los ardores de la pasión y la reflexión venga, todos habrán de sentir y sentirán, todos tendrán que reconocer y confesar que así no se gobierna; que gobiernos que tienen la desgracia de hacer eso, tienen, como decía el Sr. Gamazo desde las entrañas de esa mayoría, que ir á purgar en la oposición sus deficiencias políticas, sus deficiencias intelectuales y sus deficiencias morales. Yo no tengo más remedio que decirlo, ya que ello es forzoso; y como decía el poeta *paulo minor canamus*.

No me hago cargo de cierta interrupción, porque la mayoría lo entiende bien; y en todo caso, latinos considerables tiene que se lo explicarán.

El señor presidente del Consejo de ministros ha dicho también que aquél atentado del 23 de Mayo nació de la indignación de la mayoría; porque, ¿quién, añada, el señor presidente del Consejo de Ministros en la reunión de la Presidencia, quién enfrena las olas agitadas? Entiendo yo, y paso por la elocuencia tan manoseada de la imagen, que eso de las olas agitadas pugna con aquello del Consejo de Ministros asociados con los hombres buenos; de consiguiente, aquí no ha habido más que olas de teatro movidas por un maquinista que no acertaba bien á tapar el cuerpo. No quiero, naturalmente, porque sería poner los pies en un terreno peligroso, seguir en eso de los vientos.... (Algunos señores diputados de la mayoría: No se oye.)

Ya basta con lo de la tempestad y lo de las olas. Y doy gracias al señor diputado que ha tenido la bondad de desear que repitiera la frase.

Pues qué, ¿la indignación es por el hecho de haberme abstenido como presidente? A esto se atenta aquí la última vez el señor presidente del Consejo de Ministros olvidando que de todas partes habían salido voces elocuentes que habían traído á la memoria del Congreso los recuerdos de todos los Presidentes dignos, de todos los que no querían pertenecer ni habían pertenecido á la raza de presidentes de la decadencia, de Martínez de la Rosa, del marqués de Gercena, de Posada Herrera, de Ríos Rosas, de todos los Presidentes....

El Sr. Martínez Luna: Hacían las cosas de otro modo. (El orador no hace caso de esta interrupción.)

....De todos aquellos que se han encontrado en disidencia con el Gobierno, porque hay otros presidentes tan dignos y tan altos como aquellos cuyos nombres invoco, que no han tenido jamás esa verdadera desgracia. Pero es porque se realizaron los actos de tales presidentes en ocasiones sencillas y para casos de poca gravedad? Ríos Rosas votando, cuando los sucesos de Junio de 1866, una vez; después de haber tenido lugar aquellos sucesos, dos veces; antes de que tuvieran lugar, votando contra el Gobierno en un proyecto de ley pidiendo las autorizaciones que aquel Gobierno necesitaba, Ríos Rosas votando, Ríos Rosas hablando, Ríos Rosas restituyéndose á su sitio con más ó menos reprobación, pero siempre silenciosa de la mayoría, Ríos Rosas no realizó un acto mucho más grave que el que hubo de realizar el que habla absteniéndose de votar por motivos que explicaré más tarde, y en virtud de los dictados de su conciencia, y en uso de la libertad que no tuvo la idea jamás de haber enajenado al señor presidente del Consejo de Ministros que ha llegado á pensar, según veo, que ese puesto no es una dignidad, que ese puesto no es una persona en quien se encarna esa dignidad, porque aquella persona representante, estos ó los otros méritos, estos ó los otros servicios, ó represente ideas ó algo que en un momento dado le señale á la designación del Gobierno y á la elección de los diputados, sino que un presidente es algo que se pone ahí para que sirva, y en cuanto deja de servir tiene que quitarse por su voluntad, como si en vez de desempeñar esa dignidad tan alta desempeñara un destino cualquiera, ó como si la Presidencia del Congreso fuera como la subsecretaría de Gobernación ó la Dirección de Correos? (Risas.)

Pues, ó el señor presidente del Consejo de ministros obró contra mí con una saña inconcebible, excepcional y nunca vista, ó debió obrar en virtud de ese equivocado concepto. Pero ¡ah! el señor presidente del Consejo de ministros que así como confesó un día ha negado otro, ha negado ayer, ya vendremos á eso, que tenía conocimiento solemne del estado de mi voluntad y del estado de la voluntad de hombres importantes de la mayoría respecto al debate promovido por la proposición del Sr. Villaverde, confesó también que no había de confesarlo? confesó que yo le di cuenta de mi resolución de dimitir absteniéndome, ó de abstenerme si á S. S. le parecía esto menos mal, conservando la Presidencia.

En primer lugar, ¿no confirma este hecho que yo puse generosamente á su disposición la parte de mi conducta que podía poner, aquello que estaba dentro de las determinaciones de mi voluntad y de los decretos de mi conciencia?

El señor presidente del Consejo de ministros dice que yo pedí consejo á mis adversarios.

Yo hablé con el Sr. Gamazo á instancia del señor presidente del Consejo de ministros, y el Sr. Gamazo contestó lo que ayer pudo oír su señoría, lo que ayer oyó todo el Congreso, lo que está escrito. Y dijo el Sr. Gamazo ayer en su elocuentísimo discurso, que en lo de elocuentes todos habéis de convenir, ya que no conveniais en lo de acertado:

«Yo, de mí se decir, señores diputados (aquí cada cual juzgará con su manera de ver estas cuestiones) yo de mí se decir que si hubiera

ofrecido al Sr. Martos mi concurso para el éxito de una pretensión económica ó política, (y yo se lo ofrecí al Sr. Gamazo que era y sigue siendo lo que no soy yo: un diputado de la mayoría), y cuando á instancias del Sr. Martos yo hubiera puesto mi voto ó mi inclinación al lado del Gobierno. (A instancia del Sr. Gamazo, yo hubiera podido poner mi inclinación, y en algún momento la puse, al lado del Gobierno)... el Gobierno se volviera contra el Sr. Martos en los términos que se volvió contra mí, tal vez creyéndome sólo, yo, sin vacilar, en el acto, hubiera ido al lado del Sr. Martos.» Pues yo, sin vacilar, viendo lo que veía en ese Gobierno con relación á un hombre importante que estaba sustentando aquí los intereses y las reclamaciones de la producción y del trabajo, yo me fui resueltamente al lado del Sr. Gamazo, y como el Sr. Gamazo se abstuvo, yo me abstuve también. Y como por lo visto hice bien en abstenerme, cumpliendo mis compromisos con el Sr. Gamazo y con mi propia conciencia; aquí sonaron aplausos, que me lisonjearon, y á la vez, un poco me entristecieron, porque no pensaba yo que el cumplimiento del deber anduviera en esta tierra tan escaso que mereciera aplausos de nadie el sólo acto de cumplirlo. (Muy bien.)

Pero el señor presidente del Consejo de ministros, firme que firme. Yo, según él, consulté á mis adversarios y yo falté, absteniéndome, á todos mis deberes, por no se que compromisos que supone S. S. que yo tuve: pero la verdad es sencillamente que varios individuos coincidimos en las ideas, ni más ni menos.

Aquí promovió un debate el Sr. Gamazo; aquí el Sr. Gamazo hizo aquella apelación á todas las opiniones de la Cámara, porque entendía, y entendía con razón, que vender el trigo á un precio remunerador es asegurar la vida de los trabajadores del campo; que defender la producción nacional; que hacer un alto en esa labor extremadamente activa del libre cambio, que ha traído muchos perjuicios; que pensar en lo que debe pensar todo Estado, que es mantener y fomentar y en ese caso necesario proteger todas las fuerzas nacionales, es conveniente para el bien del país; porque las naciones, como los hombres, viven de las fuerzas y de las energías naturales que tienen, y cuando no tienen bastantes hay que apelar, en lo que se refiere á las naciones, á los medios de la terapéutica social; el Sr. Gamazo apelaba á todos, para que todos corriésemos á esa obra superior y yo se lo dije al señor presidente del Consejo, solo que S. S. ha llegado á perder de tal manera la memoria que ya no hay cosa más difícil que discurrir con él acerca de hechos, porque á no estar en la creencia de que S. S. ha adoptado la resolución irrevocable de no acordarse, hay que pensar que S. S. nunca se acuerda de lo que no le conviene.

Esto le dije al señor presidente del Consejo de ministros, añadiéndole: «me parece una torpeza parlamentaria dejar al Sr. Gamazo entregar sus esperanzas y sus ideas solo á los conservadores; debe salir del Gobierno una voz de aliento y de esperanza, y si no sale esa voz del Gobierno, saldrá de la mayoría, y si no saliere de la mayoría porque no hubiese quien la dijese, saldrá de mis labios si es preciso, siendo como soy, presidente del Congreso.»

Yo no dije al Sr. Sagasta que yo hablaría, porque no era necesario que se lo dijese; le dije, y era verdad, que hablaría un ilustre orador de la mayoría. Es más, en otra ocasión, bajando yo de la presidencia y encontrándose conversando al pie de la escalera el señor presidente del Consejo con varios diputados, haciendo por cierto la propaganda de que se debía sofocar el debate sobre la proposición del Sr. Villaverde... (El señor presidente del Consejo de ministros: Sofocarlo no; someterlo al Reglamento.)

Ya habléremos de eso; pero eso era sofocar el debate. Además, siempre resultaba que como yo entendía el reglamento de una manera y yo era el presidente, eso era una propaganda de S. S. contra el presidente del Congreso.

Como era tan principal y tan importante el puesto que había de tomar en el debate mi ilustre amigo el Sr. Montero Ríos, y el señor Montero Ríos había tenido que marcharse por cualquier motivo que fuese, sea en buen hora; porque le impidiese continuar con aquel empeño sin patrióticas angustias, yo le dije al señor Sagasta: ¿Por qué no ocupa usted el puesto que ha dejado vacante el Sr. Montero Ríos? ¿Por qué no pronuncia usted el discurso que tenía que pronunciar ese señor diputado? ¿Va recordando S. S. ¿No recuerda? (Varios diputados próximos al orador: No; no dice nada!) ¿No dice nada? Pues ya lo dirá. (El señor presidente del Consejo de ministros: Es que no oigo. Es que S. S. tiene el inconveniente que me atribuía ayer, y no oigo al final de cada período.)

No, señor presidente del Consejo de ministros; crea S. S. que yo no caigo en aquellas faltas que condeno en los demás. Por consiguiente, señores diputados, estas eran interrupciones que no contenían ofensa alguna, ni podían despertar el menor interés para ser oídas. Como yo soy ciego, ó más bien, cuando dije que si S. S. iba recordando, pregunté á los amigos que tengo cerca si el señor presidente del Consejo de ministros afirmaba ó negaba, y me dijeron: no dice nada; y contesté: pues ya lo dirá. Ni más ni menos. (El señor presidente del Consejo de ministros: Ya contestaré á S. S....)

Fuimos á las habitaciones de la Presidencia. Esta era la segunda conversación que á propósito de debate económico tenía yo con el señor presidente del Consejo de ministros, porque antes tuve otra en mi casa. Ya volveré á hablar de la que tuve en la Presidencia; pero se me olvidada esta otra y quiero ocuparme de ella, porque también en este hubo de incurrir en inverosímil defecto de memoria el señor presidente del Consejo de ministros. S. S. dijo que hacía mucho tiempo que no nos había visto ni al Sr. Montero Ríos ni á mí. Yo no lo he contado; ni sé si ha sido poco ó mucho. Eso depende de muchas circunstancias y de muchos afectos. Por lo visto S. S. me tiene en tan poco que no echó de menos el tiempo en que nos vimos, ni cayó en la cuenta de las circuns-

tancias, de la ocasión, ni del motivo por qué nos vimos, ni del asunto que tratamos. Estas son cosas menudas, que no importan á nadie nada y á mí tampoco.

El Sr. Montero Ríos y yo concurríamos con el Sr. Gamazo en dar cuenta á S. S. de nuestra actitud y de nuestra respetuosa reclamación; el Sr. Montero Ríos, no más que yo, ni yo más que él, los dos de la propia manera. No hubo en esto dificultad ni duda alguna como el señor presidente del Consejo pretendía haberse le dicho, ni seguramente se lo ha dicho el señor Montero Ríos. El y yo dijimos á S. S. cual era nuestro pensamiento antes de presentarse aquí los presupuestos. El primer día de sesión después de aquellas vacaciones, leyó el señor ministro de Hacienda el proyecto de ley de presupuestos, y yo hablé con el señor presidente del Consejo dos días antes, cuando me hizo el honor de visitarme; claro es por consiguiente, que S. S. podía haber tomado en cuenta nuestro deseo, antes de que los presupuestos fueran presentados. No lo hizo porque no lo tuvo por conveniente; pero ahora no puede decir, ni nosotros podemos aceptar que le ocultamos nuestro pensamiento, ó que se lo manifestamos cuando ya no era posible el remedio por haberse presentado los presupuestos. Estos son los hechos, y yo pongo en su lugar la exacta verdad, á fin de que quede correspondencia la calidad del argumento. Diré más; el señor presidente del Consejo de ministros, dos ó tres días antes de reanudarse las sesiones, me visitó en mi casa, y al señor presidente del Consejo le había visitado en la presidencia el Sr. Montero Ríos.

Apenas separado el Sr. Montero Ríos del señor presidente del Consejo de ministros, vino el Sr. Sagasta á mi casa, y á pocos instantes llegó el Sr. Montero Ríos.

Nosotros estábamos en mi despacho, y al señor Montero Ríos le pasaron á mi biblioteca, y como el Sr. Montero Ríos sintió que habíamos en alta voz, no le permití su delicadeza permanecer allí, y se fué; y al día siguiente me refirió todo esto delante del Sr. Gamazo que lo puede (el Sr. Gamazo hace signos afirmativos) confirmar, aunque no tengo completa necesidad de que se moleste S. S., porque cuando yo digo una cosa que me consta, no necesito que nadie lo confirme; pero, además, veo que el Sr. Gamazo confirma en este momento mis palabras. Después vinimos á esta conversación en los salones de la Presidencia; el señor presidente del Consejo de ministros pretende que en aquella conversación hubimos de ocuparnos del procedimiento para la discusión de la proposición Villaverde; no; eso fué en otra conversación que presencié el Sr. Moret, á quien esto cito como testigo, á quien no quiero aludir porque no deseo que rompa con el papel á que se ha condenado el mudo por compromiso.

Yo planteé la cuestión en busca de una concordia; yo, el intriguante, yo, el iniciador; yo, el conductor; yo, de la conjura; yo, el presidente desleal; yo, el enemigo de ese Gobierno, planteé la conversación como quien busca una concordia, como lo he hecho siempre, como lo hice cada vez que las ambiciones de los mozos ó las nostalgias de los viejos me invitaban á hacer indicaciones al señor presidente del Consejo.

Después, señores diputados, de planteada la conversación en términos de concordia, anuncié lo que en líneas generales sería preciso que el señor presidente del Consejo de ministros dijera para ocupar en el debate la vacante del Sr. Montero Ríos, porque el debate se hubiera reducido á un cambio de impresiones, á una toma de posesión de actitud; á una pública manifestación de los deseos de algunos hombres de la mayoría y de otras partes, junto á lo que urgentemente requerían los intereses económicos del país. Y así, fué, señores diputados; empezamos á hablar de esto, y el Sr. Sagasta, porque quizás yo hubiese planteado la conversación con el arte que tuviera para poder traerla á términos eficaces; lo cual es natural, pues para eso hablan los hombres, para convencerse y persuadirse unos á otros; el Sr. Sagasta, digo se manifestó dispuesto á tomar algunas de aquellas líneas generales; y con viril entereza y con hermosa sinceridad el Sr. Gamazo le dijo: «¡Ah Sr. Sagasta!» es menester que usted diga cosas que se puedan hacer, y para hacerlas cosas que sería preciso que usted dijese, hay que contar con que son imposibles dentro de este presupuesto. Y desde aquel momento, como el reformar el presupuesto, traía aparejadas para el Sr. Sagasta otras consecuencias que no le convenían, y yo respeto el sentido que él tuviese acerca de sus propias conveniencias, desde aquel instante la conversación careció de interés, de eficacia y de objeto.

A esta última conversación asistió el señor Moret, porque antes de comenzarla, yo le dije: venga V. Sr. Moret puesto que V. por la buena voluntad y duzura de su carácter, por la costumbre, por la suavidad de su temperamento, parece que está inclinado á unos y á otros, aunque como es natural, tenga V. su particular pensamiento; y alegremente y con la bondadosa facilidad que tiene, asistió á mi despacho el Sr. Moret, así como también el señor Gamazo. Fué, pues, el Sr. Moret testigo de aquella conversación y porque lo fué le cito sin trascendencia naturalmente.

Allí se abandonó todo término de concordia y no volví á hablar del fondo de las cosas con el señor Presidente del Consejo de ministros.

E día en que íbamos á votar, dije á S. S.: llegó la hora de los desenlaces, y yo que pienso como el Sr. Gamazo, me voy á abstener con el Sr. Gamazo. Puesto que el Sr. Gamazo porque de la mayoría han salido voces de aliento y de esperanza, se va á abstener, me voy á abstener yo también en vez de votar con los conservadores. Esto puede ser grato para los conservadores, pero era por ventura cargo ninguno, ofensa ninguna, falta ninguna para el Gobierno de S. M. ni menos para la mayoría? El Sr. Sagasta no quería que yo me abstuyese; pero me abstuve por las razones mismas que ha dado el Sr. Gamazo; no necesitó otras. Pregunté al Sr. Cassola, hombre de la mayoría, mi amigo y correligionario; estaban presentes, pero se negaron á dar opinión los Sres. López Domínguez y Romero Robledo. Citaré las propias palabras del señor Cassola «después que todo el mundo sabe co-

mo usted piensa, si vota con el Gobierno que usted como un trapo. Apesar de lo cual quizás yo me hubiera resignado á quedar como un trapo si el señor Presidente del Consejo de ministros, si el Gobierno entero de Su Majestad hubiera atendido y satisfecho en alguna medida, en una medida que no tenía que apreciar yo, sino el Sr. Gamazo que era el que llevaba la nirección y el sentido de aquel debate; y como el señor Presidente del Consejo de Ministros en vez de esto lo desahució; y como en vez de esto lo maltrató; y como en vez de esto no le dió esperanza alguna, yo, que pensaba como el señor Gamazo, pácedi como el Sr. Gamazo.

¡Ah! Es verdad que aquí se ha hablado de retiradas teatrales; de esto me acuerdo, y el señor presidente del Consejo de ministros hizo algunas indicaciones en punto á la forma menos ostentosa y dañina de abstenerme de votar.

Yo francamente no me acuerdo; pero no digo que no fuese, porque la memoria tiene á veces olvidos que son piedades para excusar amarguras y tristezas del entendimiento.

¿Qué yo me pusiera malo! ¿Qué yo me retirase á mi casa!

¿Iba por ventura á cometer alguna vergüenza? ¿Es que esas resoluciones se toman para disimularlas? ¿Es que S. S. en definitiva no reconoce que en cualquier caso mi abstención hubiera desagradado? Pues, yo tenía que contar con aquél desagradado; pero tenía también que contar con mi propia satisfacción, que soy tan soberbio, soberbio en esto solo, que en punto á pensamientos y obras yo soy para mí la persona de más respeto.

De modo que no podía ser mi abstención, porque la abstención era un hecho tradicional y respetable en estas asambleas políticas, no podía ser mi abstención la causa de aquel ultraje que me hicieron.

Porque si verdaderamente no fuera excusado que expusiere recuerdos relativos al comportamiento de otros varones ilustres que antes que yo ocuparon ese sitio, me bastaría el recuerdo mismo del Sr. Sagasta y me bastaría el recuerdo del Sr. Posada Herrera respecto al cual el Sr. Sagasta decía: «Pero ese presidente no había hecho lo que ha hecho el señor Martos. Lo que el Sr. Martos ha hecho no se ha visto en ningún Parlamento.»

Pero ¿qué he hecho yo? Palabras, palabras y palabras; palabras vanas, vacías de significación y de sentido, palabras al aire, por las cuales viene el señor presidente del Consejo de ministros á dejar caer sobre mi aquellas responsabilidades que por justicia corresponden no más que á S. S.

El señor presidente del Consejo de Ministros decía: «El Sr. Posada Herrera no había realizado acto ninguno de oposición contra aquella mayoría y contra aquel Gobierno del Sr. Cánovas del Castillo.» Pero, señores, ¿no es público que el Sr. Posada Herrera andaba haciendo diligencias para formar un ministerio, y aún no se añadió por entonces que ya sabía él por qué practicaba aquellas diligencias? Y en todo caso, ¿no basta con que el Sr. Posada Herrera las hiciese? Y después, ¿no concurrió á aquella obra de transacción patriótica del Sr. Posada Herrera un orador ilustre de esta mayoría?

Pues la autoridad y la firme voluntad de ese hombre ¿no llegaron á tener tal eficacia en punto al auxilio que concedía á la obra intentada por el Sr. Posada Herrera, que solo se estrelló todo aquello ante la implacable negativa del Sr. Sagasta á autorizar el tránsito, porque el Sr. Sagasta tiene la dichosa cualidad y el don envidiable de creer que no siendo realizada por él, no puede tener buen suceso ni parar en bien cosa ninguna.

Pues el Sr. Cánovas del Castillo no llamó traidor al Sr. Posada Herrera, ni le echó de ese sitio (señalando á la Presidencia), ni le suscitó un motín; no hizo nada de lo que su señoría ha hecho con el presidente del Congreso.

Pero ahí tiene el Sr. Sagasta un antecedente negado por S. S., según es costumbre, y según es costumbre también, confirmado y evidenciado por la realidad de los hechos.

Pero ¿y el Sr. Sagasta?

El Sr. Sagasta si que hizo una cosa que no se ha hecho antes que por él ni después, y espero que no se hará jamás aun cuando sea S. S. el que ocupe en circunstancias parecidas aquel puesto. Gobernaba el Gabinete presidido por el Sr. Posada Herrera; vino á abrir las Cortes el Rey, yo escuché estremecido de placer y de asombro aquel discurso liberal y democrático, lleno de promesas para el pueblo español, aquel discurso del ilustre Rey, del inteligente Rey, del Rey de la restauración, que venía coronando, y esto tengo que decirlo ahora porque lo he dicho muchas veces, estando y no estando el Sr. Cánovas en el Gobierno, coronando con esto aquella empresa atrevida llena de dificultades, empeñadamente vencidas, y ante las cuales el Sr. Cánovas del Castillo hizo de la restauración la monarquía de todos, en vez de hacer la monarquía de algunos; hizo de la restauración en vez de la monarquía de los agravios, la monarquía de los olvidos y de las esperanzas.

¿Qué hizo entonces, señores, el Sr. Sagasta? El Sr. Sagasta estaba sentado allí (señalando á la Presidencia), que no es el sitio que prefiero S. S.; le gusta más ese otro (señalando al que ocupa el señor presidente del Consejo de ministros), y el que ocupa le ocupaba á la sazón el Sr. Posada Herrera. Al ser elegido presidente el Sr. Sagasta dió, según el uso, las gracias al Congreso, y dió las gracias al Congreso en un discurso de contestación, en un discurso de irreverente impugnación al discurso de la Corona, al discurso que el propio Rey había leído al Senado y al Congreso. (Rumores.)

En caso ninguno, señores diputados, tenía el presidente del Congreso facultad ni derecho para contestar desde aquel sitio al discurso de la Corona, imponiendo y dictando así su contestación al mismo Congreso.

Nunca; aunque el Sr. Sagasta se hubiera visto sorprendido en aquel sitio por el discurso de la Corona; porque eso era, respecto del Congreso, usurpar su autoridad, y respecto del Rey, desconocer su respeto.

Pero, yo, señores Diputados, que ingresé en aquel día en la sesión del 16 de Enero de 1884, en el gran partido monárquico; y que no

había ingresado antes por las dificultades que constantemente puso el Sr. Sagasta a la obra de la Izquierda; yo vi bien claro que aquél día era, por entonces, el último día del Gobierno del partido democrático, representado por el ministro del Sr. Posada Herrera, y aunque no sé todavía, bien que mi conciencia me lo ordenase, si hubiera ido más allá y hubiera dilatado algunos instantes las manifestaciones que entonces hice, si hubiese querido encontrarme delante de la victoria, aunque estaba seguro de que no podía ser; aunque el Sr. Sagasta, como siempre hace, rompió aquel instrumento de la mayoría, y aquel magnífico instrumento de la Izquierda, porque no quería que sirviese en manos de nadie, y en las suyas lo había desorganizado; después de discutir con el mismo Sr. Sagasta, yo lo repito, viendo que era inevitable el fracaso, pensé, como dije al empezar mi discurso, que había llegado el momento de sancionar con mis obras mis palabras, y declaré que no me separaba ya ninguna distancia de la Monarquía, y lo declaré después de oír de los propios labios del Rey, aquél valeroso, aquél ejemplar, aquél generoso discurso por donde el Rey, bajo la responsabilidad de sus ministros, se mostraba con espíritu varonil, abierto a toda las transformaciones políticas y sociales, compatibles con la subsistencia y la realidad de los grandes intereses permanentes de la Nación.

Por eso lo hice, no por iniciativa ni siguiendo el ejemplo del Sr. Sagasta, aunque es verdad; porque yo no he de legar nada que verdad sea; es verdad repito, que alguna influencia tuvo sobre mi el acto Real del 8 de Febrero de 1884. Que tuve sobre mí una influencia parecida, dadas nuestras respectivas actitudes, a la que tuvo sobre el mismo Sr. Sagasta, porque aquel acto que le llamaba a la presidencia del Consejo de Ministros, le permitió salir al poder a S. S. P. No se estaba cayendo del lado de la libertad y me acusó a mí romper la cordialidad de mis relaciones con Zorrilla: acerca del cual yo estaba, cayendo del lado de la revolución.

Como por las palabras del Sr. Sagasta pudiera entenderse todo lo pasado de una manera distinta a la realidad, yo he de decir que un día le manifesté que esperaba estar poco tiempo en aquel sitio (añala el Sr. Martos el sitio de la presidencia) pero nunca pensé ni creí que se terminase el período de mi presidencia del modo como había de terminar, por decreto especial del señor presidente del Consejo de ministros.

Un día que el Sr. Cánovas del Castillo temió que yo le hubiese cogido en un lazo, haciendo que una prórroga concedida para que acabase S. S. un discurso se aprovechara para terminar aquel debate, contesté con una frase que no podía referirse a nadie, que no podía referirse a persona determinada, ni mucho menos, a un diputado. ¿Fue esa frase la causa de los agravios? ¿Son estas las corrientes que encrespaban las famosas olas del Sr. Sagasta? Pues aquella frase no produjo más que un movimiento de hilaridad. Yo me acordé muy bien: yo hice, sin querer entonces, lo que suele hacer queriendo el Sr. Sagasta; yo he de decir aquella frase en voz un poco queda, así es que no llegó a oídos del Sr. Cánovas del Castillo, llegó a oídos del Sr. Romero Robledo y de otras personas, se lo dijeron al Sr. Cánovas, y aquel movimiento de hilaridad circuló de banco en banco, hasta que aquella hilaridad lisonjera para quien la producía en aquellas circunstancias, llenó toda la Cámara, y nadie dijo otra cosa, hasta que se ha inventado esto de la conjura, de la rebelión, etc., etc. Pero ya el Gobierno reconoce que no hubo conjura, y en vista de este testimonio que yo presente, es preciso que reconozca también que no hubo nada de aquello que pretende presentar como cabeza del capítulo de agravios. No; no hubo nada de eso, no hay precedentes que justifiquen la conducta seguida para conmigo.

Pero si aquí no ha habido más que una conjura, que ha sido la del señor Presidente del Consejo de ministros contra mí, contra el Presidente del Congreso! Esta conjura nace de que un día el señor Presidente del Consejo de ministros que entendía el Reglamento de modo distinto a como yo lo entendía en mi calidad de Presidente, me dijo que era preciso aplicar el artículo del Reglamento relativo a las proposiciones, que manda que se apoyen en un solo discurso; y yo le dije que yo no era el Presidente que podía hacer eso, que al lado de ese artículo está con igual absolutismo e incondicionalidad, el artículo relativo a las alusiones personales; que nunca se había hecho; que acaso alguna vez se habría intentado siendo Presidente de esta Cámara un digno miembro del partido conservador y presidiendo el ministerio el Sr. Cánovas del Castillo, y no se trataba de una proposición de esta calidad, de la calidad importantísima de la proposición del Sr. Villaverde: se trataba de una proposición de otro orden, a lo sumo de una cosa como bancos, sociedades o cosa así; y pidió la palabra para alusiones un señor diputado que no era Gamazo, no el general López Domínguez, no Cassola, ni Romero Robledo, ni Cánovas del Castillo, ni ninguna persona ilustre de aquellas a quienes el Presidente deja toda libertad y concede la Cámara todo respeto ya que aun siendo todos los diputados iguales, que yo lo reconozco, aun siendo iguales por el derecho como iguales, según el reglamento, no hay remedio, hay ciertas diferencias entre diputados y diputados, cuando se dirigen al Congreso.

Y si no, por caso extraordinario y en virtud de las circunstancias excepcionales en que me veo, ¿no tenéis la bondad de estar escuchándome a mí con una benévola atención? ¿no escucháis con atención, con interés y con aplauso al Sr. Cánovas, gran orador, al Sr. Castelar, gran orador, al Sr. López Domínguez, que además de ser un orador considerable, suele levantarse a expresar opiniones de su partido, no los escucháis con atención y con interés y frecuentemente con aplauso? Pues estas son las diferencias de la realidad, y sin embargo, repito, que no era ninguno de esos hombres el que pidió la palabra, si bien era un respetable diputado, que si no pertenece a este linaje de hombres en la esfera intelectual, pertenece a otro linaje de hombres muy respetables, el señor Barandica; cuando el que presidía no quiso dar la palabra, el Sr. Barandica, porque quiso entender el reglamento como en esta ocasión

pretendía entenderlo, y que yo lo aplico al señor presidente del Consejo de ministros; se promovió entonces un verdadero conflicto parlamentario. Un malogrado compañero nuestro, cuya pérdida todavía deploramos, presentó una proposición de censura contra aquel presidente porque quería ahogar la discusión, aplicando el artículo del reglamento que el señor Sagasta, quería que yo aplicase bajo mi propia responsabilidad naturalmente. Aquella proposición de censura la votó unánimemente toda la minoría constitucional, incluyéndose en ella el Sr. Sagasta. Y eso que el Sr. Sagasta, en caso menor, censuraba en el Sr. Eduard, que era el presidente a quien me refiero. Eso quería, que yo con mis antecedentes, y en caso mayor, hiciera con una minoría tan respetable como la minoría conservadora, con una minoría monárquica que venía a defender una determinada solución, con lo cual en el momento esperaba remediar las necesidades de una gran parte del país; y eso quería que hiciera yo ante un debate en que habían de oírse, como se oyeron, muchas opiniones, todas autorizadas, todas expresadas por hombres de verdadera categoría parlamentaria; y a semejante pretensión es a lo que yo me negué y dije al señor presidente del Consejo, que para eso había que buscar otro que ocupara mi puesto.

Y qué diré respecto al artificio, porque lo otro hubiera sido al menos un acto de energía y de sinceridad de que pasara al orden del día como yo lo llevé, el debate sobre la proposición del señor Fernández Villaverde y que quedara postergado? El señor Presidente del Consejo decía que aquello estaba completamente dentro de mis facultades; y era verdad que farsisicamente yo hubiera podido creerlo así; pero yo le dije al señor presidente del Consejo que a mi juicio no tenía yo aquellas facultades; que podía tenerlas formalmente; pero no las podía tener en razón y en conciencia. Así, pues, me negué también, diciendo: que todas estas facultades y todas las discreciones y todos los artificios tenían que estar reñidos por la prudencia, y que era imprudente provocar así, mortificando su derecho las justas reclamaciones de los señores Diputados.

Y aquí vino la conjura, aquí la conspiración, que ha sido del señor presidente del Consejo contra mí. A los señores diputados de la mayoría les decía el señor presidente del Consejo de ministros: «No se ha acabado el debate porque el presidente no quiere cumplir el Reglamento.» Al Sr. Castelar le decía: «No se discute el sufragio universal porque el Sr. Martos no quiere.» Y en cuanto a los conservadores, yo mismo se lo he oído decir al Sr. Cánovas, sin que antes ni después, S. S. es buen testigo de ello, le haya pedido aclaración ninguna; yo le he oído decir que ellos creían encontrarse delante de las hostilidades del presidente y no de las hostilidades del Gobierno, porque a cada paso, de una manera confidencial, pero frecuentemente, se hizo llegar hasta la minoría conservadora esas insinuaciones. Y así la obra de la conjura estaba completa. Yo era para la mayoría un presidente que me quería aplicar el Reglamento; yo era para los conservadores un enemigo por unos fanatismos, que si que los tengo en favor del sufragio universal; yo era para el Sr. Castelar el gran obstáculo al sufragio universal, en virtud de no sé qué conveniencias y habilidades con los conservadores.

De modo que ya se ha visto: este es el secreto de todo lo que aquí ha acontecido. Por esto, señores diputados, por esto se hizo la conjura del señor presidente contra mí, y por esto pudo llegar un momento en que se creyó que yo mismo encarnaba ningún principio, que en mí encarnaba ninguna institución, que yo era un hombre solo, solo y abandonado; abandonado por algunos de sus amigos, abandonado y maltratado por las minorías republicanas como enemigo del sufragio universal, maltratado y malferido por las minorías conservadoras, porque se le suponía enemigo de las libertades parlamentarias.

Yo estoy muy cansado señor presidente, siento abusar de la bondad de los señores diputados; (Muchos señores diputados. No, no.) pero quisiera descansar un momento.

El Sr. Martos: Unos diez minutos ó un cuarto de hora serán bastante.

El Sr. Martos: Bien a pesar mío, señores diputados, me ha sido imposible dejar de penetrar detenidamente en el examen de los hechos que son el antecedente necesario de las cuestiones que examinamos; entendi que me era absolutamente indispensable el probar, como creo haber demostrado, que no tenía razón alguna el Gobierno de S. M.; que no la tenía el señor presidente del Consejo para haberme lanzado de ese sitio, primero por tan violenta manera, y después acudiendo a todos los medios de su poder legal.

El debate provocado por la proposición del señor Fernández Villaverde, la intervención del Sr. Gamazo, la de otros señores diputados y mi propia abstención en la votación, y la forma en que la llevé a cabo, exigían del señor presidente del Consejo de ministros que para la mejor tramitación de aquel asunto, cuidase de llegar a fórmulas de concordia. El señor presidente no quería; el señor presidente ha roto violentamente con aquella situación; el señor presidente ha decretado la guerra; el señor presidente la había preparado, por consiguiente, yo no me he retirado del partido liberal, yo no me he apartado de la mayoría, es el señor presidente del Consejo de ministros el que ha roto conmigo, quien me ha expulsado de esa mayoría, quien quisiera verme expulsado del partido liberal y quizás, quizás también de la Monarquía.

Yo no sé si estamos por virtud de estos antecedentes en una grave situación.

El señor presidente del Consejo y la mayoría parece que la desconocen y aún que la niegan; ¡ojalá que acierten! pero si no acertasen las consecuencias de esta situación irán a cargo de quien la haya creado, y esta situación sin duda alguna, la ha creado el señor presidente del Consejo de ministros; esta situación que yo considero verdaderamente tan grave, que a mí me parece, lo mismo que le parece al Sr. Gamazo, que el partido liberal en esa encarnación que tiene en esa dirección que padece, ha quedado incapacitado para el Gobierno.

Y si es así, si el tiempo acredita estas pala-

bras mías, si el tiempo demuestra que no es verdad que la opinión de este país sea indiferente a la herida que ha recibido el Gobierno representante del Poder real, el poder parlamentario: si por consecuencia de eso aquel divorcio famoso entre el presidente y la mayoría se convierte en divorcio total, y por mucho tiempo, entre ese Gobierno ofensor y el Parlamento ofendido; a los menoscabsos que esa mayoría haya sufrido, pocos ó muchos, alteran la situación de esa mayoría, si trazan a la política distintos rumbos; la responsabilidad de todo eso es del señor presidente del Consejo de ministros; nada es responsabilidad mía en este punto ni en ningún otro, porque yo he debido retenerme en aquella situación en que me han colocado la hostilidad y la malevolencia del Gobierno.

¿Cuál es el secreto, señores diputados, de este extraño proceder del Sr. Sagasta? Yo no me atrevo nunca a abrigar en mi alma malos pensamientos que son para mí triste y desahortable compañía.

Sin embargo, yo no puedo pensar bien, en estas circunstancias, de la conducta del señor presidente del Consejo de ministros; porque si todos los presidentes más ilustres han obrado como yo obré, y aún más gravemente que yo, porque yo he obrado de la manera más natural y sencilla, hubo gobiernos que respetaron esta libertad del presidente del Congreso, que no se ha respetado en mí, porque siendo posible todavía la concordia, no se ha querido la concordia, y esto por obra del Sr. Sagasta que ha pasado toda su vida por ser un hombre lleno de flexibilidad y de templanza. El Sr. Sagasta lo ha sido y yo tengo ejemplos que proponer al Congreso en el mundo de lo infinitamente grande y en el mundo de lo infinitamente pequeño. En el mundo de lo infinitamente pequeño, sirveme de ejemplo por ser de un tamaño acomodado al caso, lo que ocurrió con la discrepancia. Un día el señor marqués de la Vega de Armijo se levantó a hacer duras manifestaciones contra el Gobierno que presidía entonces, como preside ahora este otro ministerio, el Sr. Sagasta.

A pesar del efecto de imitación producido en esa mayoría por las acusaciones del señor marqués de la Vega de Armijo, el señor presidente del Consejo de ministros olvidó, el señor Sagasta perdonó, el Sr. Sagasta no desterró de la mayoría, como me ha desterrado a mí, con menos motivos, sin ningún motivo, al señor marqués de la Vega de Armijo; y hoy el señor marqués de la Vega de Armijo está sentado en el banco ministerial. El Sr. Sagasta hizo bien; no es prudente en los jefes de Gobierno, y mucho menos, si además de esto son jefes de partido, proibir a hombres más ó menos importantes de la mayoría; no debió proibir al señor marqués de la Vega de Armijo, hizo bien en facilitarle el acceso al banco ministerial, hubiera obrado, procediendo de otra manera con evidente imprudencia.

En el mundo de lo infinitamente grande se acredita de la propia manera la flexibilidad del Sr. Sagasta; porque el Sr. Sagasta en 1884, a principios de 1884, desterró del poder al partido constitucional y al partido de la izquierda, cortó las esperanzas en flor de la opinión democrática de la nación española y trajo fuera de zazon y anticipadamente y sin una verdadera necesidad al partido conservador, al Gobierno porque consideraba el sufragio universal incompatible con la existencia misma de la monarquía.

Estas no son razones que pasan, noson razones que se disminuyen, no son razones que se modifican por la acción de unas ó de otras circunstancias, son razones fundamentales y por lo tanto de carácter perpetuo. De consiguiente: el Sr. Sagasta no ha podido nunca creer que el sufragio universal no solamente fuese incompatible con la Monarquía sino que diese nueva vida, nuevo vigor y nuevo aliento y necesario ensanche y expansión a la monarquía.

La ha convencido, y entonces dirán algunos que por no perder el poder rechazó el sufragio universal, jugándose el todo contra el sufragio universal, y ahora por conservar el poder el señor presidente del Consejo de ministros, poco menos que me presenta como enemigo del sufragio universal. ¿En que consiste que por causas menores no haya pensado un instante en transigir como lo acreditan y han recordado ilustres oradores durante el tiempo que ha malgastado, que ha perdido por medio de la suspensión de las sesiones en la anterior legislatura? ¿En qué consiste, señores diputados? ¡Ah! No puedo menos de pensar en lo que viene haciendo constantemente el Sr. Sagasta.

La vida se suele gastar en vivir, y aquí el Sr. Sagasta, como si fuera un Rey, se ha acostumbra a que gastemos todos otra vida en que viva S. S., y cuando cree que ya la hemos gastado toda, ó que hemos consumido la parte necesaria de ella para que nadie tenga la pretensión de ocupar en el partido que S. S. dirige, un puesto debido a sus propios merecimientos, sino que si lo vuelve a exaltar, si lo hace vivir, eso sea notoriamente debido a la piedad de S. S.

S. S. va arrojando hombre tras hombre de la posición actual y los barre a segunda fila, ó como decía el Sr. Gamazo, a la reserva de la política, así cuando creyó gastado al ilustre Sr. Camacho lo arrojó a la cima, como arrojó al Sr. Montero Ríos, como arrojó al Sr. Moret, como arrojó al Sr. López Puigcerver y como arrojó después al Sr. Cassola y ha querido arrojar a mí, porque sin duda S. S. encuentra que la manera de gobernar el sólo modo de disfrutar autoridad en los partidos políticos y de tener títulos y sobre todo medios eficaces para permanecer en el Gobierno, es hacer el oficio de Tarquino burgués cortando con un bastón todas las cabezas que se levantan un poco sobre las otras, oficio peligroso, oficio mortal para las repúblicas y para las monarquías, porque no se vive así, no se gobierna solo con muchedumbres anónimas, a las sociedades humanas (rumores), por más que al señor Sagasta le lionjee vivir aislado y sólo como el ciprés en medio de una llanura poblada por arbustos enanos. (Nuevos rumores)

Pero tenga en cuenta S. S. que se rie siempre de estos vaticinios; que los arbustos enanos no dan sombra y muchas veces tampoco fruto; y que el ciprés no es el árbol de las esperanzas, de las alegrías y de la vida sino que

es el árbol de las tumbas, y el compañero de la muerte. Escuchadme señores Diputados, si tenéis la curiosidad de saber los motivos fundamentales en cuya virtud yo he tomado la actitud que tomé en la proposición del señor Villaverde. ¿Qué he de decir yo del problema económico después de los cuadros elocuentes y llenos de triste verdad que ha ofrecido el señor Gamazo a la consideración del Congreso?

Cuando desde hace mas de seis años las rentas públicas aparecen disminuidas, nadie duda que es esa una triste é indiscutible señal del abatimiento de la nación porque marca y significa la disminución de sus fuerzas y de sus energías. Este es nuestro estado, y en este estado y viniendo los clamores de los agricultores sumándose a las antiguas voces y reclamaciones de la industria, nos encontramos con que gravando la riqueza todo lo que la riqueza puede soportar y mas de lo que puede soportar, todavía no podemos llegar a la nivelación de los presupuestos; no vivimos de nuestras rentas, no vivimos de lo que el Terrores puede fácilmente obtener del país, sino que hemos gastado estos años bastantes miles de millones de nuestra fortuna y un año saldamos el presupuesto llevando a él las bajas especiales, y otro año vendiendo bienes del Estado, y ahora proponiendo la venta de las Salinas de Torre Vieja en suma, vendiendo, para cubrir el déficit, la fortuna nacional, lo cual significa que no tenemos bastante con nuestra renta.

Y al lado de esto hay riqueza que no tributa, y venimos nosotros pidiendo, antes de llegar, por si fuera posible que no llegásemos, a la elevación de nuestro arancel y de llevar a las fronteras el derecho de consumos sobre los alimentos, antes de esto, venimos pidiendo la nivelación de los presupuestos por medio de un tributo, por donde se cumpla el principio de justicia y se aplique el artículo constitucional.

Porque si todos pagan más de lo que pueden y con eso todavía no podemos vivir, ¿quién duda que para evitar el porvenir pavoroso y nuestra ruina que se acentúa de año en año hasta que nada tengamos que vender, cosa que está desgraciadamente vecina, quién duda que tenemos que hacer grandes economías y aliviar a la contribución de Consumos que lo encarece todo, y a aliviar a la contribución Territorial que es la vida de las clases acomodadas, que es el sustento en lo necesario de todo Gobierno, y al mismo tiempo atender con nuevo impuesto, con buena administración, a todo lo que hay que atender aquí, y no poniendo por remedio el llevar al Banco las tenorinas y el traer al Estado la recaudación?

Señor presidente, en verdad, yo tengo todavía muchos puntos que examinar y fatigaría la atención del Congreso. (Varios señores diputados. No, no.) Preferiría, por tanto, continuar mañana.

BOLSA

COTIZACIÓN OFICIAL DEL DÍA 4 DE JULIO

| FONDOS PÚBLICOS | ULTIMO precio. | MOVIMIENTO | |
|----------------------------------|----------------|------------|------|
| | | Alta | Baja |
| Deuda al 4 por 100 int..... | 75.90 | » | » |
| Idem id. pequeños..... | 76.25 | » | » |
| Idem id. fin corriente..... | 75.90 | » | » |
| Idem id. fin próximo..... | 00.00 | » | » |
| Idem al 4 por 100 exterior..... | 77.85 | » | » |
| Idem id. pequeños..... | 78.15 | » | » |
| Idem id. amortizable..... | 89.60 | » | » |
| Idem id. pequeños..... | 89.65 | » | » |
| Billetes de Cuba 1886..... | 105.45 | » | » |
| Idem id. 1886..... | 00.00 | » | » |
| Obligaciones municipales..... | 00.00 | » | » |
| Idem Banco Hipotecario..... | 0.00 | » | » |
| Cédulas hipot. al 5 por 100..... | 000.60 | » | » |
| Idem id al 4 por 100..... | 97.00 | » | » |
| Acciones Banco de España..... | 406.50 | » | » |
| Compañía de Tabacos..... | 107.50 | » | » |
| CAMBIOS. | | | |
| Londres a 90 días vista L... | 0.00 | » | » |
| París a 8 días vista..... | 0.00 | » | » |
| Berlín a 8 días vista..... | 0.00 | » | » |

Bolsín de anoche.

MADRID.—Contado, 00'00.—Fin de mes, 75'75.—Próximo, 00'00.—Exterior, 77'60.
BARCELONA.—Interior, 75'75
PARIS.—75'21
LONDRES.—75'25

SANTO DE HOY.—Santa Zoa y San Miguel de los Santos.

Espectáculos para hoy

PRINCIPE ALFONSO.—A las 9.—Cádiz.—Segundo acto.—D. Jaime el Conquistador. La gran vía.

FELIPE.—A las 9.—El año pasado por agua.—A las 10.—Los embusteros.—A las 10 y 3/4.—Colegio de señoritas.—A las 11 y 1/2 El año pasado por agua.

MARAVILLAS.—A las 9.—Con permiso del marido.—Paca la Pantalenera.—Los Isidros.—A ti suspiramos.

JARDIN DEL BUEN RETIRO.—A las 9.—Traviata.

CIRCO DE PRICE.—A las 9.—Gran fashion-able soirée de moda.—Variado espectáculo de ejercicios equestres, gimnásticos, cómicos y acrobáticos.—Entrada general, 50 céntimos.